

Una reflexión “desde dentro” sobre el comentario de textos en historia de la educación

Averiguar, investigar, enseñar, aprender... Averiguar para investigar. Investigar para enseñar. Enseñar para aprender. Aprender a aprender...

Decía Comenio que enseñar es aprender bien aquello que se enseña. Es decir, la vida es puro aprendizaje. Se aprende con deleite y se puede aprender con sufrimiento. Que cada cual elija lo que más le guste...

Para lo que aquí importa, yo diría que el comentario de textos es un método de aprendizaje académico —aunque no sólo sea tal, pero sí lo que ahora interesa— que resulta especialmente útil si parte del deleite de la lectura.

Nos recordaba Enrique Tierno Galván, hace no muchos años, que la lectura debe hacerse tal y como beben las gallinas: sorber primero con la cabeza baja sobre el texto —embuchar— y meditar después con la cabeza erguida —engullir—. He ahí la mejor invitación a la lectura reflexiva y sosegada. Lectura reflexiva, sosegada, reiterada, que debe ser *conditio sine qua non* para comentar un texto y sacarle el máximo partido. Porque de eso se trata. Lejos, pues, muy lejos, de cualquier modalidad de lectura rápida, omnicomprensiva y del simple vistazo “sintético”. Comentar un texto supone un tipo de lectura que debe llevar siempre al análisis y la reflexión, aunque posteriormente uno pueda llegar a las más atrevidas síntesis o incluso a audaces —y, a veces, temerarias— inferencias y extrapolaciones.

Sobre el comentario de textos ha aparecido en los últimos años un verdadero aluvión de publicaciones. Estamos, pues, ante un recurso didáctico muy socorrido y zarandeado. Y cuando tal ocurre, existe el peligro de caer en la retórica del método, de desvitalizarlo y desmedularlo. Por eso, de entrada, convendría hacer una observación sobre los dos grandes tipos de comentarios: comentarios “vivos” —orales, expositivos, dialógicos, de debate— y comentarios “desvividos”, como decía Américo Castro —escritos, sintetizadores, monológicos, cerrados.

Los primeros, a partir de la lectura oral y en voz alta, son una forma de entrar en el pensamiento del autor, a través de las resonancias colectivas de una clase o seminario que, si funcionan, deben traducirse en un acto didáctico de textos *vivos, tensos e intensos* y de dilucidación textual y contextual. Forma ésta cualitativamente distinta de los comentarios de textos escritos y de ninguna manera intercambiable. Nos encontraríamos aquí con la misma diferencia que existe entre una clase viva y un capítulo escrito de un libro de texto. No son iguales. Los apuntes jamás serán sustitutos de una buena clase o seminario. Es más: si los textos así estudiados están bien escogidos, la clase, la unidad didáctica, se convierte en un caso típico de comunicación pedagógica plena y, al mismo tiempo, en un acto de amor hacia el autor...

Resulta obvio señalar que la selección de textos suele ser determinante. Y debe quedar claro también que estamos aquí más ante un fenómeno de aprendizaje académico, libre y creativo, que ante una modalidad de investigación original sobre un autor y su tiempo. Hablamos, por tanto, entiéndase, de textos “vivos” que “invitan” a la investigación, es decir, hablamos de la enseñanza básica, inciática, propedéutica... El éxito estará siempre en función de los “recursos” del profesor y de los alumnos, o sea, de los “recursos” del colectivo...

Por otra parte, el segundo tipo de comentarios de textos, es decir, los comentarios personales, individuales, escritos y cerrados, son aquellos a los que se suele aludir en la literatura convencional sobre el tema. Son el resultado de un trabajo académico previo, que se nutre de toda la tipología didáctica existente. Son un punto de llegada y no un punto de partida. Complemento importantísimo del primer tipo. Material para la sedimentación cultural del estudiante y para la puesta al día del profesor. *Feed-back* imprescindible. Elemento insustituible a la hora de la evaluación del rendimiento académico. Etc.

En la sabia combinación de los dos tipos de comentarios está el secreto de la máxima rentabilidad académica y escolar de este recurso didáctico. Y ello es así, entre otras cosas, porque partimos del supuesto —en nuestro caso— de que la *Historia de la Educación* como disciplina debe tener una dimensión científica, cierto, pero no debe descuidar en ningún momento su carácter cultural, formativo y humanista. Características que se verán potenciadas y multiplicadas con esta metodología.

Los comentarios “textuales” son una forma acabada y convincente de comunicación. Comentar un texto es siempre un estupendo y sano ejercicio de imaginación intelectual y de aprendizaje versátil, libre y anticomulsivo, independientemente de la mayor o menor “ortodoxia” con que se lleve a cabo. No hay una invitación mejor a la lectura a partir de la lectura misma. Otro, muy otro será, en cambio, el mundo de las imágenes y del lenguaje icónico, aunque no debemos olvidar que en el caso de los comentarios de textos “vivos” y orales, se da una combinación de la lectura y de las imágenes del acto mismo de la lectura que, de alguna manera, recoge la “teatralidad” entera de ambos lenguajes. La lectura —y comentario— de un texto “cara al público” genera, automáticamente, simultáneamente, un acto íntimo y “audiovisual” —lenguaje, gestos y puesta en escena—. Con todo lo que eso significa...

Así pues, comentar un texto no sólo es huir de la memorización mecánica sino una de las mejores maneras de acercarse a una visión “interior” de la Historia en sus términos fundamentales y de “tocar”, por así decirlo, la “verdad” de la Historia de las ideas y de los fenómenos educativos.

1. Comunicación y aprendizaje

El comentario de textos puede ser, en primer término, un modo de comunicación, pero también —y de ahí su interés académico indiscutible— un medio de conocimiento y, desde luego, un magnífico recurso didáctico al servicio del aprendizaje y de la mejor comprensión de la cultura. Si los libros son herramientas de trabajo intelectual —independientemente de todos los progresos de la informática y otras fuentes de documentación—, el comentario

de textos, la lectura textual (y contextual) de esos materiales significa el perfeccionamiento máximo en el uso de esas herramientas. El comentario de textos tiene por objetivo la comprensión global de su contenido, limitada únicamente por la capacidad intelectual y el bagaje cultural del lector que, además, resultan enormemente potenciados en el acto mismo del comentario.

Comentar un texto enriquece, pues, en grado sumo la comprensión total y homogeneizadora de la expresión literaria, artística, científico-técnica, histórica, etc. Comentar un texto ayuda a relacionar conocimientos, estimula la creación imaginativa y fija posiciones críticas.

Todo comentario de textos supone siempre un cierto nivel de lecturas previas y de conocimientos. A partir de ahí, pasa a ser una técnica de profundización de esos conocimientos, un elemento de sólido afianzamiento cultural. Aprender a comentar un texto es aprender a leer, es llegar a calar en lo más hondo de la lectura comprensiva. Es, pues, un método que proporciona datos para interpretar y analizar críticamente la cultura como patrimonio artístico y teórico.

Un comentario es siempre "una lectura de". Esta lectura tendrá que ser necesariamente multilateral. Debemos precisar al máximo "lo que se nos dice" y "cómo se nos dice". Es decir, debemos reinsertar constantemente esa pretensión de comunicación que es siempre un texto, en el contexto teórico e histórico de donde surgió. La cultura es, además de un "saber", un poder de creación, recreación y comunicación. Comentar un texto es reconstruir su contexto...

Un buen texto implica diversos niveles de lecturas. Ello es la consecuencia de la propia historia de la comunicación. Las ideas, las expresiones, los conceptos, las palabras tienen su propia historia. Y aunque están y estuvieron siempre supeditadas a las condiciones materiales en que viven y vivieron los seres humanos, fueron adquiriendo también ellas su propia historia. Esta historia de las superestructuras ideológicas, conceptuales, expresivas y gramaticales es el difícil material que debe manejar un lector de textos. Historia difícil y cambiante que aprehendemos paulatinamente en el proceso de la comunicación.

No es igual el valor que tienen las palabras en el lenguaje coloquial (maltratadas por su uso poco riguroso, producto de las necesidades humanas y de la economía del propio lenguaje) que el que tienen en la expresión del pensamiento literario, científico, filosófico, etc. Mientras en el lenguaje coloquial podemos hablar de acepciones, sinónimos y otros, en el lenguaje técnico o científico debemos hablar más bien de "lucha conceptual" en el interior mismo de las palabras, es decir, debemos atender preferentemente a su carga semántica.

Lectura multilateral implica, pues, niveles de conocimiento semióticos, lingüísticos, históricos, etc. Tenemos, de este modo, diversas calas posibles en un mismo texto. Pero debe quedar claro que no nos será nunca factible realizar una lectura exhaustiva y plenamente totalizadora. Nos contentaremos con adquirir la mayor riqueza comprensiva (no perdamos de vista que estamos analizando el comentario de textos como "recurso didáctico en las aulas" y no como un "intento de totalización científica").

2. De la práctica

Ante un texto concreto, nos encontramos con una primera disyuntiva: ¿crítica textual o comentario de texto? Podríamos decir, en principio, que todo comentario implica una crítica, una confrontación de las ideas del lector con las del autor, pero no a la inversa. La crítica se mantiene, generalmente, en un plano exterior al texto. El comentario, en cambio, entra en el fondo del contexto. La crítica extrae generalizaciones y da una visión global del texto partiendo de determinados presupuestos ideológicos del lector. El comentario parte de la esencia misma del texto e intenta apurar al máximo y dilucidar multilateralmente todas sus implicaciones signícas.

Pero el comentario no debe quedar ahí; debe ser, además, un juicio crítico. De este modo, el comentario será siempre más rico que la crítica, ya que contiene a la crítica. Con esto, no se pretende invalidar la función de la crítica, que tiene un destino y unos objetivos precisos (algunos de ellos, también didácticos), sino destacar las características del comentario como método de aprendizaje escolar más completo. De todas formas, los mejores críticos serán sin duda los mejores lectores de textos; y los mejores lectores de textos serán los mejores comentaristas.

Otro problema sería el que nos viene planteado por la relación fondo/forma (contenido/ expresión). Dejando a un lado las polémicas lingüísticas, partimos del supuesto de que esta relación se da como mera distinción metodológica, ya que la pareja de conceptos resulta prácticamente inseparable. No obstante, siempre será posible: 1º fijar con precisión lo que el texto dice y 2º dar razón de cómo lo dice. Importa no sólo “lo que se dice” sino “cómo se dice lo que se dice”. Esto resulta evidente, sobre todo, en los textos literarios, ya que, en literatura, el lenguaje es no sólo el vehículo de expresión, sino también uno de los objetivos de la expresión literaria. Como también resulta evidente en un texto científico, si tenemos en cuenta lo dicho más arriba sobre la multiplicidad signíca del lenguaje científico.

Lo anterior sirve para todo lo relacionado con los comentarios de textos individuales, escritos y “cerrados”. Cuando se trata del comentario-debate en clase, las coordenadas necesariamente son otras. El comentario deberá ser entonces mucho más ágil y chispeante, como en zig-zag, circulando constantemente del pensamiento del autor a su obra completa, de los temas que aborda en el texto a los grandes temas de su tiempo, de sus ideas a su peripecia biográfica. En suma, un comentario mucho menos rígido y “formal” (obsérvese —dicho sea de paso— que estoy pensando casi en exclusiva en términos de historia del pensamiento contemporáneo).

No es cosa ahora de entrar a fondo en la ya muy estudiada tecnología del comentario de textos¹. Pero sí conviene detenerse un poco en la historia última de esta metodología, en algunos modelos y, en particular, en el comentario de textos históricos.

1 Una primera aproximación a la bibliografía del comentario de textos podría recoger las siguientes publicaciones: E. Alarcos y otros, *El comentario de textos*, Madrid, Castalia 1973; C. Almunia Fernández, “Comentario de textos históricos”, *Apuntes de Educación: Ciencias Sociales*, nº 5, 1982, pp. 6-9; H. Barreiro Rodríguez, V. Peña y otros, *Historia da Educación. Textos comentados*, Santiago de Compostela, Tórculo, 1994 (con una decena de textos

3. Sobre "modelos"

Todo empezó en 1960, con la publicación de un pequeño libro que se convirtió en una especie de "biblia" para futuros "comentadores": *Cómo se comenta un texto en Bachillerato*, de Evaristo Correa Calderón y Fernando Lázaro Carreter. Y de ahí, de los Institutos, pasó a la Universidad. Este libro inició el *boom* de los comentarios de textos. Y sigue siendo un referente. Aparecerían más tarde nuevas ediciones corregidas y aumentadas y nuevos textos sobre textos. De la literatura se pasó a la historia y a otras ciencias sociales y humanas, así como al ámbito de la pedagogía y al de la historia de la educación, en particular. Las numerosas antologías publicadas nutrieron la fiebre del comentario de textos en todas las disciplinas. Y lo que empezó siendo un método de trabajo eminentemente escolar, acabaría convirtiéndose en una invitación permanente a la investigación.

En aquella primera publicación, E. Correa y F. Lázaro proponían este primer esquema:

1. Lectura atenta del texto.
2. Localización (si no nos es dada).
3. Determinación del tema (núcleo argumental).
4. Determinación de la estructura.
5. Análisis de la forma partiendo del tema.
6. Conclusión.

Se trataba, evidentemente, de un comentario de texto literario. Cuando se trata de un texto científico (histórico-pedagógico, por ejemplo) varían un poco los datos del problema. También en este caso debemos seguir teniendo en cuenta la relación código/mensaje y denotación/connotación. No obstante, en los textos científicos, el lenguaje es esencialmente vehículo de comunicación y no uno de los objetivos de la misma (aunque pueda convertirse en ciertos casos y subsidiariamente en objetivo: caso de la Lógica). Lo que importa aquí, en el texto científico, será el mensaje y no el código, la denotación y no la connotación. Cuanto más claro y denotativo sea el texto, tanto más preciso y concluyente

histórico-educativos de distintas épocas comentados); A. Eiras, "La técnica del comentario de textos", *Coloquio sobre Metodología y Didáctica de la Historia*, Santiago de Compostela, ICE, 1971, pp. 77-80; L. Esteban Mateo y A. Mayordomo Pérez, *Textos para Historia de la Educación. Comentario de textos*, Valencia, Nau Llibres, 1980; M^a A. Galino (dir.), *Textos pedagógicos hispanoamericanos*, Madrid, Narcea, 1982, 4^a edición; F. Lázaro Carreter y E. Correa Calderón, *Cómo se comenta un texto literario*, Madrid, Cátedra, 1982, 21^a edición; M^a V. López-Cordón Cortezo y J. C. Martínez Carreras, *Análisis y comentario de textos históricos. II Edad Moderna y Contemporánea*, Madrid, Alhambra, 1978; C. Lozano, *Antología de textos pedagógicos*, Barcelona, P.P.U., 1982; L. Luzuriaga, *Antología pedagógica*, Buenos Aires, Losada, 1968, 4^a edición, e *Ideas pedagógicas del siglo XX*, Buenos Aires, Losada, 1968, 3^a edición; O. Negrín Fajardo y G. Ossensbach Sauter, *El comentario de textos educativos*, Madrid, UNED, 1986; J. Rodríguez Frutos, "El comentario de texto histórico en España a través de su bibliografía", *Revista Aula Abierta*, n^o 29, 1980, pp. 95-108; S. Selander, "Análisis de textos pedagógicos. Hacia un nuevo enfoque de la investigación educativa", *Revista de Educación*, n^o 293, 1990, pp. 345-356; M. Vico Monteoliva y otros, *Antología de textos de Teoría e Historia de la Educación*, Málaga, Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Málaga, 1985.

nos parecerá. Lo que no debe impedir que tengamos en cuenta los cambios semánticos y las connotaciones lingüísticas que tienen repercusiones ideológicas y científicas y que son, en su mayoría, producto de la evolución histórica. Mientras la literatura contempla las palabras en su más dilatada historia, la ciencia tiene que ser mucho más precisa y rigurosa en la selección de esas palabras.

En 1973, Helio Carpintero proponía, en un libro colectivo sobre *El comentario de textos*, ya citado, un posible esquema del comentario de textos científicos:

1. Lectura atenta y reiterada del texto.
2. Localización (autor, época, cultura).
3. Texto y contexto histórico:
 - a) determinación del tema o área de problemas tratados.
 - b) estructura (organización de la totalidad).
 - c) inferencias posibles internas y externas:
 - a') Internas: con el resto de la obra del autor.
 - b') Externas: con la historia del momento en que fue escrito el texto y con nuestro momento histórico (diacronía y sincronía).
 - d) consideraciones expresivas (problemas histórico-conceptuales y literarios).
4. Síntesis del análisis precedente.

Hablando en términos del comentario de textos en Historia de la Educación, Vicente Peña, en una publicación a la que ya nos hemos referido, propone un modelo un poco más detallado:

1. Lectura atenta y reiterada del texto.
 - Subrayado de términos o conceptos fundamentales.
 - División del texto en fragmentos o partes.
 - Anotaciones al margen de todas las ideas que sugiera.
2. Localización.
 - Identificación del autor: breves notas biográficas, producción intelectual, temática de su obra y carácter central o subsidiario de la educación dentro de su producción escrita.
 - Escuela a la que pertenece o corriente en la que se inscribe.
 - Caracterización general de la época del autor y/o de la secuencia temporal en la que fue escrito el texto.
3. Encuadre histórico. Relación del texto con el contexto.
 - Con el resto de la obra del autor.
 - Con otros autores, corrientes o movimientos educativos coetáneos. Influencias recibidas, concomitancias, analogías y divergencias.
 - Con otros autores, corrientes o movimientos educativos anteriores. Influencias, reformulaciones e innovaciones.

- Con otros autores, corrientes o movimientos educativos posteriores. Desarrollo y proyección futura de sus ideas cardinales.
4. Análisis de contenido del texto.
- Determinación del tema o área de problemas que se proponen en el texto. Resumen del argumento. Sinopsis del fragmento.
 - Estructura del texto. Partes y relación entre las partes y la totalidad del fragmento.
 - Ideas nucleares del texto. Interpretación de las mismas. Ideas secundarias. Análisis de los conceptos pedagógicos fundamentales que aparecen enunciados en el fragmento.
 - Solución que ofrece el autor al tema propuesto y explicación de su intencionalidad. Mentalidad. Alcance y consecuencias de las ideas centrales del texto.
5. Análisis formal del texto.
- Género literario o naturaleza del texto: texto jurídico, literario, filosófico, epistolar, biográfico, ensayo, etc.
 - Estilo: expresiones peculiares o diferenciales, modismos, terminología técnica, arcaísmos. Estilo literario o coloquial.
 - Claridad u oscuridad del texto. Grado de dificultad de comprensión.
 - Recursos literarios: metáforas, giros gramaticales, eufemismos, ironía, etc.
6. Síntesis final.
- Conclusión, valoración y crítica personal.
 - Significación histórico-educativa del autor y de sus aportaciones.
 - Contribuciones innovadoras. Soluciones alternativas.
 - Vigencia de sus ideas. Persistencia de los problemas planteados y resolución de los mismos.
7. Bibliografía empleada para la realización del comentario.

Se trata sin duda de "modelos" que deben ser siempre una orientación para comentar, pero nunca un corsé. Para la Historia de la Educación, en particular, convendría señalar los problemas epistemológicos que pueden plantearse en el comentario, a propósito de la dimensión histórica intrínseca de las ciencias de la educación o las precisiones que exija la especificidad —en tanto que disciplina insertada en el currículum de las Ciencias de la Educación— de la Historia de la Educación como tal.

Por lo que se refiere a los comentarios de textos de carácter histórico, además de la validez de los criterios aplicables a todo texto científico, deberemos tener especialmente en cuenta el carácter diacrónico del análisis. Miguel Artola, por ejemplo, utiliza los textos no sólo como posible materia de estudio y comentario, sino como montaje para la comprensión de los principales problemas de una época. Sus famosos *Textos fundamentales para la Historia* así lo atestiguan.

En general, podríamos decir que el comentario de textos es un excelente recurso para llegar a las fuentes de la Historia y, en definitiva, para aprender Historia. O, como diría Pierre Vilar, para *comprender* el pasado con objeto de *conocer* el presente. Así pues, no se trata sólo de estudiar los documentos que son fuente directa de la Historia y objeto de interpretación histórica, sino de asimilar críticamente los propios textos de explicación histórica. Por poner un ejemplo: el conocimiento actual de la Revolución Francesa de 1789 no sólo debe pasar por el estudio de los *Rapports*, los *Cahiers* y otros documentos de la época, sino también por los estudios, que ya son clásicos, de un Soboul o un Vovelle. Es decir, fuentes y fuentes de fuentes. Tal debería ser el amplio espectro abarcado por la metodología didáctica del comentario de textos históricos.

En el modelo de comentario que propone Vicente Peña, no se nos escapa que para su realización se requieren determinadas condiciones “materiales” que no siempre son posibles en el trabajo académico cotidiano. Por eso, a la hora de escoger el “modelo”, estaremos siempre en función de las circunstancias. El “modelo” de Peña nos acerca ya mucho a un trabajo de investigación, pero puede hacerse un buen comentario con un “modelo” menos sofisticado. En todo caso, para el trabajo en las aulas, deberá partirse de un modelo más sencillo. Por ejemplo:

1. Preparación para el comentario (lectura y materiales).
2. Localización y clasificación del texto.
3. Análisis del texto a distintos niveles (lectura inmediata).
4. Contextualización y crítica (lectura mediata o teórica).

Todo lo anterior vale para un comentario de texto escrito, personal, individual, cerrado. Pero, ¿qué pasa con los comentarios de textos vivos?

4. Por ejemplo, Rousseau

Quizá nadie mejor que Rousseau para ilustrar lo que podría ser un “modelo” de textos vivos, orales y de debate. Porque, seguramente, ningún autor clásico se encuentra tan en el centro del nacimiento de la pedagogía como ciencia, o, si se quiere, tan en el eje del arranque del pensamiento pedagógico contemporáneo. A partir de Rousseau, ya se puede hablar de una teoría de la educación; al menos, si por “teoría” entendemos el conjunto de conocimientos sistemáticos que constituyen una ciencia, según de definición althusseriana.

Si, como dice Carlos Lerena, de “papá” Rousseau venimos todos, empecemos nuestro viaje por Jean-Jacques. Y, con Jean-Jacques, entremos en la Ilustración, que es, en definitiva, la olla primera en la que cuecen casi todos los ingredientes del pensamiento contemporáneo y que fue, sino razón suficiente, sí razón necesaria de la Revolución Francesa de 1789 y, por envergadura, profundidad y alcance, de todas las revoluciones de los siglos XIX y XX.

Pero, entremos en Rousseau sin prejuicios y con alegría. Sin eruditismos ni *arrière-pensées*. Entremos en Rousseau sin miedo al tiempo ni a la muerte. Porque en Jean-Jacques, siempre dialéctico y genial, siempre revolucionario, palpita perennemente la materia viva del pensamiento político-pedagógico más denso y polémico. Vayamos a sus textos con la agilidad chispeante a que antes me refería. Su propio estilo y su pose vital así lo requieren...

Y hagámoslo, por ejemplo, con el estudio en paralelo de una buena selección de textos del *Emilio* (¿por qué no la que han preparado hace tiempo Henri Wallon y Jean-Louis Leclercle y que ha sido traducida al castellano?) y de algunos fragmentos de sus *Confesiones* (sirve, por ejemplo, la última edición de Planeta, preparada por Carlos Pujol).

Nos encontraremos así en el corazón mismo de la obra rousseauiana, entre la rotundidad (a veces muy declamatoria e incluso retórica ¡y dogmática!) de sus ideas sobre la pedagogía y el hombre —con sus dudas y sus vacilaciones cotidianas—, entre su "razón" y su "sentimiento", entre su peripeia vital y su pensamiento, entre su discurso sobre el hombre (antropología) y su disertación sobre las ciencias del hombre (sociología, psicopedagogía).

Emilio y las *Confesiones* nos conducirán irremisiblemente a la unidad profunda que encierra toda su obra. Y de esa obra bien trabada, compacta y unitaria deduciremos su aportación concreta a la obra colectiva de los ilustrados. Aportación dubitativa, con reservas, pero aportación de gran calado. Ilustrado singular, Jean-Jacques, pero ilustrado al fin. Y también romántico. Circulando constantemente entre la Ilustración y el Romanticismo. Anticipándose a su tiempo. Trabajando en el XVIII y anunciando el XIX. Para bien y para mal. Como referente inexcusable de muchísimas cosas, pero también como blanco de la crítica materialista del XIX. Como exponente de la famosa plataforma "esencialista-idealista-psicologicista-empirista" —así bautizada por Lerena—, pero también como la gran base sociopedagógica de la escuela pequeño-burguesa de nuestros días...

Así pues, el *Emilio* y las *Confesiones* son un manantial inagotable para la Historia de la Educación contemporánea. La escuela de hoy sigue siendo un conjunto de variaciones sobre el mismo tema: "Emilio", "Sofía"... Y Rousseau sigue siendo la herramienta ideal para descerrajar todas las puertas que esconden los "tesoros" pedagógicos más preciados. Nada mejor que Jean-Jacques como llave de la hermenéutica histórico-pedagógica de nuestro tiempo.

(Publicado en Narciso de Gabriel y Antonio Viñao Frago (eds.), *La investigación histórico-educativa. Tendencias actuales*, Barcelona, Editorial Ronsel, 1997, páxs. 241-254.)